

Cap. 1: *Que trata de la casa de los machangos y de las sabores infernales que en ella se llevaron a cabo*

Queridos lectores: Déjense arrullar por una historia fascinante, deléitense con las andanzas del Dr. Kohler, Josef Mengele y Minguito el *bocaburro*, disfruten con las hazañas del *fregaduras*, la *tullida* o el *cabezapescado*, flipen con las vilezas de *manolete* y *carapinga* y, por fin, gocen del justiciero buen hacer del *bicholapapa*: Todo ello en un dilatado periplo por este grotesco jardín atlántico. ***Pero, por ahora, asómbrense con las crónicas de la Fundación de La Estación de Antropoides de Tenerife.***

Dicha institución, de cuya veracidad dan fe los anales isleños, debió su existencia en gran medida a la iniciativa del profesor de veterinaria y neurofisiólogo de la Universidad de Berlín, Max Rothmann. En efecto, ya en Septiembre de 1911, y en el curso del 84º Congreso de Naturalistas y Médicos alemanes celebrado en Münster, Bavaria, el celeberrimo Max habló por primera vez de su artículo-tesis titulado “*Establecimiento de una Estación para investigaciones psicológicas y fisiológicas cerebrales de Antropoides*”.

En su discurso pasó revista a “*los datos anatómicos, citológicos, bioquímicos y conductuales que demuestran el estrecho parentesco que existe entre el hombre y los monos antropoides*”, pero no se privó de señalar que “*hasta ese momento, no se habían podido llevar a cabo estudios en profundidad en ninguno de esos aspectos dada la carencia total de trabajo de campo sobre la materia*”. Por ello, propuso crear “una estación” en alguna zona geográfica de clima semejante al país de los monos: “*Un lugar... al que pueda llegarse desde Europa en poco tiempo, pero sin alejar demasiado a los simios de la zona subtropical, llevándolos demasiado al norte*”. Lo han adivinado: Apuntaba a las Islas Canarias, ¿dónde si no?

De hecho, los peñascos constituían una ventaja en sí para la provisión de animales, ya que se esperaba que los gorilas y chimpancés llegasen a través del Camerún (colonia alemana en aquellos tiempos) y los orangutanes a través de la ruta de Tánger.

Conclusos los primeros trámites económicos administrativos, el mencionado *privatdozent* visitó el archipiélago en la primavera de 1912 a efectos de determinar el lugar de instalación de la misma. Mera casualidad fue que Herr Max sentara sus reales en el tinerfeño valle de la Orotava, decidiendo que fuera en dicha comarca norteña donde se ubicara el futuro laboratorio. Desbrozaba así el camino a los modernos *Mononsteins* prusianos, quienes no dudarían en dedicarse a bien abrir *cajitas de Pandora* a las órdenes del belicoso Kaiser Wilhelm II.

Todo apuntaba a ello. En febrero de 1913, un gamonal isleño recibía del doctor Eugen Teuber, natural de Leipzig y experto en lenguaje, una oferta difícil de rechazar: Por el alquiler de una de sus propiedades, enclavada en la zona denominada La Costa y lindante con el casco urbano de la ciudad del Puerto de la Cruz, la suculenta cantidad de 1.140 marcos anuales.

El inmueble, compuesto por cuatro habitaciones, cocina, jardín y un terreno de unos 2.000 metros cuadrados se encontraba emplazado en medio de una vasta extensión de plataneras, lo que le confería aún mayor aislamiento y discreción. El contrato se firmó echando leches... incluyendo *derecho a suministro de agua y a usar el teléfono*.

Estiércol del demonio. Así describía el más vil de los metales cierto santón cristiano, para concluir luego con un: ¡*Pero qué bien abona!* Lo que se fertilizaba, en el caso que nos contrae, era una patente de corso con firma y sello del cacicato tinerfeño y las autoridades de *Nivaria*. (¡Que toma pleonasma!).

También es de reseñar que paralelamente al curso de tales peripecias, y más concretamente en septiembre de 1912, el ejército colonial germano capturaba, “safareando” por las selvas de Ebolova y Jaundé (Camerún), a seis chimpancés bautizados como *Tschego*, *Grande*, *Sultán*, *Tercera*, *Rana* y *Chica* que, una vez convenientemente narcotizados, fueron transportados a la ciudad turística en un buque alemán de cabotaje y trasladados posteriormente a la propiedad aludida. Allí “*quedaron ubicados en un campo de juego, anexo a la misma, en medio de un terreno cubierto con una red de alambre que se extendía en todas direcciones desde un poste de cinco metros de altura. Así, los animales tenían sentimiento de completa libertad, aunque ninguno de ellos pudiera escapar*”. Asimismo, es contratado por los excéntricos hijos de Odín un lugareño conocido a partir de

entonces como Manuel *el de los machangos*. Su misión: la alimentación, limpieza y cuidado de los mismos. El tal Manuel era persona de una integridad y honradez reconocida en toda la comarca, no así el ayudante de campo que le endilgaron: Minguito *Bocaburro*, degenerado borrachín villero, que dejaría su impronta en la futura salud de los simios... y de sus paisanos.

Lo cierto fue que, promediado aquel año de gracia de 1913, el gobierno alemán, a través de un testaferro, Karl Stumpf, nombró como responsable científico del proyecto a Wolfgang Köhler, natural de Frankfurt am Main. ¿La razón de ello?: No consta en las crónicas de *la estación*, mas quizás se encontrara en la necesidad, por parte del lobby Junker-belicista, de instalar en la dirección del cotarro a un hombre dócil pero voluntarioso, conscientes de que la ruptura de hostilidades a gran escala en el continente europeo era asunto inminente.

Al amigo Wolfgang se le ordenó el inicio de una serie de experimentos a fin de impulsar el desarrollo de las primeras armas de naturaleza química, abarcando su misión el investigar sobre los efectos de determinadas sustancias en los sistemas linfáticos, nerviosos y motores de los primates. Además, se le impuso como futuro primer ayudante de campo a un jovencísimo y entusiasta galeno, carente de cualquier escrúpulo, que respondía al nombre de Josef Mengele alias *Beppo*, natural de Günzburg (Baviera), que pasaría tristemente a los anales -nunca mejor dicho- de la historia, y acabaría poniendo en práctica en *la casa de los machangos* su propio *programa* de aberraciones lúdico-costrosas por la aparente desidia del señor Köhler. Pues ya se sabe que... *de minimus non curat praetor*.

Herr Wolf, acatando las órdenes de su gobierno al pie de la letra, emprendió una concienzuda línea de experimentación con fósgeno, clorformiato de clorometilo, difosgeno, cloruro estánnico, difenilcloroarsina, bromuro de bencino, clorosulfonato de metilo, iodoacetato de etilo, bromoacetona, acroleína, ácido prúsico, bromometil etil cetona, así como con sulfuro de cloroetilo. Todo, absolutamente todo, a fin de comprobar sus efectos irritantes, vesicantes y paralizantes en organismos similares a los del homo sapiens.

Ya lo dice el dicho: A perro flaco todo son pulgas. Y es que, embadurne químico aparte, el catálogo de perrerías infligidas a los bicharracos por el futuro *Ángel de la Muerte y su compinche trapacero* sería extenuante y penoso. Aun así, no me resisto a destacar las relacionadas con sus reacciones psicósomáticas. Consistían éstas en inyectarles hormonas que excitaban su libido y después forzarles a copular en un habitáculo presidido por dos grandes retratos de venerados iconos locales de carácter religioso. En el cubículo además se acopla-

ban unos rústicos altavoces conectados a un gramófono que escupían música de isas y malagueñas, pues según las crónicas de la fundación, el doctor Josef Mengele “*se trae desde Munich entre otros aparatos para la investigación de campo, un fonógrafo de Edison y curiosamente graba melodías folklóricas de las islas Canarias*”. Ya se pueden imaginar los efectos de tales cacofonías en el sistema nervioso de aquellas infortunadas criaturas. ¿Imposible caer más bajo? No para nuestro *dúo dinámico* que, en el epitome del sadismo, adherían electrodos a sus cabezas y les liberaban descargas eléctricas cuando se negaban a consumir el coito en condiciones tan desagradables, vomitaban al oír los espantosos sonsonetes o se iban del vientre al tener que mirar los sacros retablos.

Las carcajadas de los dos súper cabrones a la par que los alaridos de sus víctimas se hubieran escuchado en medio valle de no estar todos interactuando en lugar aislado y discreto. Consta la certeza, no obstante, que de tan abominables experimentos sobrevinieron sendos embarazos en las tres hembras *Trogloodytes* dando éstas a luz posteriormente unos engendros deformes que invariablemente morían a los pocos minutos y que venían al mundo lastrados por defectos físicos indescriptibles, amén que recubiertos de un extraño pelaje que recordaba de forma difusa al traje típico canario de romerías y fiestas de guardar que tanto ha promocionado *Coalición Canaria* noventa años más tarde.

En sus efímeros momentos de vida, las aberraciones mutantes solían adoptar posturas semejantes a la de una jodida vieja rezando el rosario o depositando el *voto útil* en una urna trucada.

Como para echarse a temblar, compadrito.

Además *las podridas* aprovechaban cada alumbramiento para succionar, mediante una máquina aspiradora, el líquido amniótico de los neonatos así como restos de semen simiesco, fluidos que almacenaban en unos viales sellados al vacío e inmersos en una revolucionaria fórmula, diseñada por el brillante Dr. Köhler para el mantenimiento de tejidos vivos. Los frascos eran camuflados por el futuro *tío Josef* en una dependencia subterránea del caserón destinada al reposo de caldos vinícolas.

Mas todo no era duro laborar en pos de la ciencia y la química aplicada, que ratos de asueto, haberlos... hubo. En efecto, los dos sayones tampoco se privaron de poner a prueba su espíritu fiestero en el entorno pesquero de la ciudad portuense. Sangrantes desenlaces, con esputos de dientes y hematomas faciales, pusieron colofón a sus francachelas en ocasiones varias, pues es público y notorio que los rudos habitantes del antiguo *barrio portugués* jamás se han distinguido por su tolerancia a las lógicas risas que sus demostraciones de

superchería católico-medieval y evidente falta de luces provocan entre gentiles y foráneos. No fue exactamente el caso de *Bocaburro*, que aún manteniendo bajo perfil y pico cerrado, por su simple origen orotavense, ya se le presumía en tales ambientes un incuestionable *derecho* a ver sus costillas y médula espinal asiduamente moldeadas a garrotazos y patadones.

Tampoco desmerecen comentario las depravadas prácticas sexuales con las que éste último tuvo a bien desfogar sus ardores libidinosos sodomizando a los sufridos especímenes, siempre que sus instancias amorosas eran debidamente archivadas por las lindas mozas de la comarca, situación que se repetía, la verdad, sin solución de continuidad.

Bueno, resumiendo: Que ya se pueden imaginar los efectos devastadores de tanta mariconada sacro-químico-folklórica sobre los organismos de los primates: Convertidos en purulentos guñapos de culo roto, éstos iban muriendo en medio de una agonía indescriptible y las sádicas cuchufletas de sus verdugos, que encima *amenizaban* sus últimos estertores a toda castaña con el pasodoble *Islas Canarias*.

Los canallas lo pasaron bomba. A qué negarlo. Se pasaron tres pueblos y dos villas atormentando a las pobres criaturas a discreción... y lo hicieron sin tasa hasta que, al término de la Primera Guerra Mundial, la ruina económica de Alemania conllevó el cierre definitivo de *La Estación de Antropoides de Tenerife*. Y así, a finales de mayo de 1920, Kohler y familia regresaron a Europa para ya nunca más volver por este callejón cagado de las Españas de ultramar.

Josef Mengele, para mayor gloria de la *Gross Deutschland*, reasentó sus cultivadas nalgas en su Günzburg natal; y Mingo I *el modélico* retornó, por su parte, en comisión de servicio... a la puta platanera.

Mas permítanme, señores, una breve digresión en forma de apunte histórico-biográfico: En Mayo de 1945 a lo largo y ancho de *las Germanias*, especialmente en la zona de ocupación soviética, nazis *no había ninguno*. Y, por supuesto, de la *empanada* de los campos de exterminio todo era ignorancia de serafines. La tribu Mengele nunca pudo esgrimir tal cantinela: En 1933, Karl padre ofreció al mismísimo Adolf Hitler un salón industrial de la próspera fábrica familiar para que pronunciara un discurso; y el pequeño *Beppo*, por su parte, con solo 27 abriles, solicitó el ingreso en la organización guardiana de la *pureza racial alemana*: las SS o *Schutz Staffeln*. Guárdenme, señores, de tal clan... un cachorro. A ser posible de la sexta generación.

Pero, concluso el inciso, es de ley retomar la justa cronología de la historia: En septiembre de 1939 estallaba la segunda guerra mundial con la traperera

invasión de Polonia a manos de la werhmacht. A título de anécdota decir que, cinco semanas antes, nuestro lunático matasanos había contraído matrimonio con Irene Mengele en el bávaro villorrio de Oberstdorf.

La confrontación bélica, en realidad, fue la respuesta del sistema capitalista europeo al llamado *Crack del 29*, vislumbrando en la salida armamentística una solución a la espiral de recesión inflacionista y un medio infalible para la recurrente reconcentración económica.

De la experiencia del nazismo y del fascismo, en general, el mundo debería haber sacado una consecuencia simple pero contundente, que muchas veces parece olvidar: Que con **esa mierda** no vale mirar para otro lado o andar con paños calientes: O a la bestia se le aplasta a las primeras de cambio o prepárate a afrontar consecuencias imprevisibles: Así, mientras las bombas de la Aviación Legionaria italiana y de la Luftwaffe masacraban al indefenso pueblo español, éste les mandaba, impreso en sangre, un aviso a las *democracias* europeas y su comité de *no intervención*: **Los siguientes seréis vosotros**. Ni puto caso. Dos años más tarde, París yacía ocupada y Londres crujía bajo una alfombra de fuego.

Por lo que respecta a la *carrera militar* del amigo Josef cabe decir, resumiendo, que una inesperada enfermedad renal le impidió incorporarse a su primer destino, como oficial médico, en una unidad del ejército regular hasta el verano de 1940. Apenas remendó *soldaten* por allí un par de menstruaciones. En agosto, nuestro ilustre pájaromoro se unió a las *waffen SS* con el rango de *Untersturmführer* Pero, si somos francos, no experimentó lo que era un campo de batalla hasta que lo enviaron a Ucrania, tras pasar una temporadita en Polonia. Y dicen los del PP a los vascos, que “el nacionalismo se quita viajando”. Hay que rejoderse.

No obstante parece probado que, desde enero de 1942 hasta finales de ese año, se unió al cuerpo médico de la *División SS Viking*. Siendo, posteriormente, destinado de nuevo al Departamento Central *para la Raza y la Repoblación* en las oficinas centrales de Berlín. Allí se le recompensó con un ascenso al rango de *Hauptsturmführer*. Por dichos andurriales pululaba *at the moment* otro elemento de mucho cuidado: El profesor Osmar Von Verschuer, que ocupaba el cargo de director del Instituto Kaiser Guillermo. Fue éste quien le aconsejó que centrara sus *estudios* en el campo de la **Biología Hereditaria e Higiene Racial**.

Para llevar a cabo tan sublimes tareas, el entrañable estado nazi pondría a su disposición un enorme laboratorio plagado de cobayas humanas que pasaría, por méritos propios, a las más negras páginas de la historia. Su nombre: Auschwitz.

Así fue, en mayo de 1943, *Beppo* llegaba a su destino: Un vastísimo recinto cercado de alambre electrificado, sito en un inhóspito valle pantanoso al oeste de Cracovia.

De la insólita inscripción sobre la puerta principal del *lager*: **El trabajo os hará libres**, uno no sabe ya ni qué pensar. Viendo la viñeta, cualquiera se llega a preguntar si la CEOE o la Conferencia Episcopal Española no andarían ya por aquellos días haciendo de las suyas.

En el KZ Auschwitz-Birkenau, Josef Mengele se lo montaría a lo grande durante 21 meses, en un *remake* de las actividades con que tanto disfrutó en *la casa de los machangos*, sólo que esta vez con *untermenschen* de evidente raza inferior.